

VIRGINIA GIL AMATE | PABLO NÚÑEZ DÍAZ
PAULO GATICA COTE | ANDREA ÁLVAREZ GARCÍA
(eds.)

Letras de América

Siglos XVI, XVII y XVIII

**DE AQUEL PRESENTE A ESTE EN LA
LITERATURA HISPANOAMERICANA**



LETRAS DE AMÉRICA
SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

LETRAS DE AMÉRICA SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

*De aquel presente a este
en la literatura hispanoamericana*



VIRGINIA GIL AMATE
PABLO NÚÑEZ DÍAZ
PAULO GATICA COTE
ANDREA ÁLVAREZ GARCÍA
(eds.)

Ediciones Trea



INSTITUTO FEIJOO DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

Primera edición: marzo de 2026

© de los textos: los autores de cada capítulo, 2026

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.
C/ Gran Capitán, 52
33213 Gijón · Asturias · España
Tfno. 985 303 801 · Fax 985 303 712
trea@trea.es
www.trea.es

Producción: Patricia Laxague Jordán
Corrección: Almudena Zapatero
Maquetación: Almudena Zapatero

Depósito legal: AS 00087-2026
ISBN: 979-13-88179-00-6

Impreso en España — Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Prólogo	11
VIRGINIA GIL AMATE	

PARTE I

AQUELLOS TIEMPOS TAN PRESENTES. SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

1. Representaciones de los taínos en los primeros encuentros coloniales: crónicas, relatos y percepciones entre dos mundos	15
BEATRIZ CALVO-PEÑA	
2. La batalla de Centla o cómo se construyó el relato del primer <i>milagro</i> bélico en tierras mexicanas	23
BEATRIZ ARACIL	
3. Poesía lírica de la evangelización en los Andes peruanos	35
HELENA USANDIZAGA	
4. El mito del Paso del Noroeste o Estrecho de Aníán: los relatos apócrifos en el contexto de las Crónicas de Indias	45
JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ BOIXO	
5. El canto alegórico del ruiseñor en <i>El Bernardo</i> de Bernardo de Balbuena (Libro XI)	55
MATÍAS BARCHINO	
6. Hambre y heroicidad en <i>La Florida del Inca</i>	71
EVA VALERO JUAN	
7. La crónica de Alexandre Olivier Exquemelin, el cirujano de los piratas	83
CAMILA CATTARULLA	
8. «Claro honor de las mujeres, de los hombres docto ultraje». Sor Juana a la luz de M. ^a Jesús de Ágreda, la duquesa de Aveiro y Catalina de Siena ...	89
ROCÍO OVIEDO PÉREZ DE TUDELA	

9. **Carlos de Sigüenza y Góngora, escritor de relaciones** 101
MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN
10. **Úrsula Suárez, autobiografía limitada de una monja** 113
EVA VALCÁRCEL
11. **¿Hacia un nuevo modelo de santidad femenina en Nueva España?
Las hagiografías de Ana Guerra de Jesús y Francisca Carrasco
de San Joseph en el primer tercio del siglo XVIII** 123
RAMÓN JIMÉNEZ GÓMEZ
12. **La mirada inglesa sobre la América hispánica en *A Natural and Civil History
of California* (1759)** 133
MÓNICA AMENEDO-COSTA
13. **La América meridional en la literatura de viajes dieciochesca:
de la maravilla al pragmatismo** 143
JORGE CHAUCA GARCÍA
14. **Pedro de Peralta, la imprenta y la censura** 155
PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ
15. **Contexto y transcripción de una sátira política contra el visitador general
José de Gálvez y su actuación española en Nueva España** 167
CARMEN LUNA SELLÉS
16. **La formación de los jóvenes en el siglo XVIII en América. La propuesta
educativa de José Joaquín Fernández de Lizardi en *La Quijotita y su prima*** . . . 181
CARMEN RUIZ BARRIONUEVO

PARTE II

PASADO Y PRESENTE: FORMAS DE ESTUDIO, VÍAS DE ANÁLISIS Y POLARIDADES
DEL CONOCIMIENTO

17. **Exploración y escritura sobre el Pacífico novohispano (1522-1543):
reflexiones en torno al género relación** 193
ALBERTO SANTACRUZ ANTÓN
18. **El pequeño Cupido de la casa del deán de Puebla** 203
JOSÉ CARLOS ROVIRA
19. **Los múltiples sentidos de la refracción: lecturas y relecturas
de *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa** 221
PAULA FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
20. **El Barroco hispanoamericano: revisión crítica y excesos interpretativos** . . . 233
JOAQUÍN ROSES

21. **Tal es mi poesía. Poesía-herramienta (sor Juana Inés de la Cruz. La poesía, escudo y arma de lucha feminista)** 261
PEPA MERLO
22. **Hacia la recuperación de un tema olvidado: la fábula neoclásica mexicana.** . 269
ANTONIO LORENTE MEDINA
23. **Expediciones ilustradas a las pampas argentinas: el *Viaje* de Luis de la Cruz** .. 287
TEODOSIO FERNÁNDEZ
24. **Notas sobre la modernidad ilustrada en el Perú: hacia una relectura del archivo colonial del siglo XVIII** 297
ROLANDO CARRASCO

PARTE III

ÁNGULOS DE LAS RECUPERACIONES LITERARIAS DEL PASADO. SIGLOS XX Y XXI

25. **Augusto Roa Bastos. La otra crónica de su Almirante** 315
PACO TOVAR
26. **Crónica del descubrimiento (1980) de Alejandro Paternain: una ucronía americana fallida** 335
ANÍBAL SALAZAR ANGLADA
27. **Algunas reescrituras argentinas de las Crónicas de Indias** 349
FEDERICA ROCCO
28. **Andar en modo inverso: mutaciones del contar y reveses del decir en *Las niñas del naranjel* de Gabriela Cabezón Cámara** 359
MARTA INÉS WALDEGARAY
29. **La revisión de la conquista de América en *Las niñas del naranjel* (2023) de Gabriela Cabezón Cámara** 373
KATYA VÁZQUEZ SCHRÖDER
30. **De elegías y resistencias: Atahualpa y Rumiñahui en la poesía ecuatoriana de la segunda mitad del siglo XX** 385
MIGUEL ÁNGEL GÓMEZ SORIANO
31. **A vueltas con el Inca Garcilaso de la Vega. Ficciones peruanas en torno al autor y su mundo (siglos XX y XXI)** 399
CARMEN DE MORA VALCÁRCEL
32. **El Inca Garcilaso de la Vega y Manuel González Prada: herencia inca y reconstrucción identitaria** 419
AURA CRISTINA BUNORO

33. **El Inca Garcilaso como modelo para la narrativa transnacional peruana:**
El sol de Lima de Luis Loayza 429
 ERWIN SNAUWAERT
34. **«En las raíces de la yuca»: la poesía subversiva de Marianela Medrano** 441
 ESTEFANÍA TAMARGO GONZÁLEZ
35. **Desconstrucción y reescritura del periodo virreinal desde la perspectiva
 de la minificción mexicana contemporánea escrita por mujeres** 453
 CECILIA EUDAVE
36. **De la razón que arde al fuego que ilumina: «Tránsito de sor Juana Inés»
 de Sara de Ibáñez** 463
 MARÍA ISABEL CALLE ROMERO
37. **El sujeto subalterno: esclavos y piratas en *El médico de los piratas*,
 de Carmen Boulosa** 475
 SONIA RICO ALONSO
38. **La tapada limeña: ¿mujer rebelde?** 485
 GIOVANNA MINARDI
39. **Otra labor de manos o los empeños de una narradora *contra el olvido*:
 una novela de Ana Teresa Torres** 493
 NIEVES MARÍA CONCEPCIÓN LORENZO

La tapada limeña: ¿mujer rebelde?

GIOVANNA MINARDI
Università degli Studi di Palermo

Nerviosa, vibrante, corre, corre, vuela a prisa
 con el ojo único que es también sonrisa,
 con su única mirada destilando miel ...
 Toda misteriosa pasa «la Tapada»
 más alegre que una loca carcajada,
 como una campana, como un cascabel.

Luis BERNINSONE, «La tapada»

«Una saya de seda grande y larga, quizá verde, azul o marrón, según la facción política preferida. Un pie pequeño calzado con un zapato de raso bordado, un manto de seda atado a la cintura y que subía hasta el rostro, tapándolo completamente a excepción de un ojo. Nunca una vestimenta dio tanto que hablar: era la tapada limeña, la moda durante la época del virreinato de Perú, que dio tantos quebraderos de cabeza a la Iglesia y a las autoridades», así escribe Ada Nuño.¹ Y a todos seguro que se nos vienen a la memoria las acuarelas de Pancho Fierro.

El origen de la tapada limeña ha sido frecuentemente discutido. La teoría más aceptada es que, por su semejanza con los trajes de las musulmanas, probablemente vendría de la influencia árabe (morisca) en los españoles, que influyeron a su vez al llegar a Lima. En España existía una tradición muy similar: las llamadas *cobijadas* de Vejer de la Frontera. Estas eran mujeres que en ciertos pueblos de Cádiz se cubrían parte del rostro con el manto, de color negro, de tal manera que solo era visible uno de sus ojos. En documentos literarios de la época podemos encontrar la presencia de este inquietante velo, en *El casamiento engañoso* de Miguel de Cervantes, por ejemplo, Campuzano relata su encuentro con una *tapada* en la posada de la Solana que llevaba «derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro más de aquello que concedía la rareza del manto [...], cosa que me incendió más el deseo de verla».²

¹ Ada Nuño, «La historia de la tapada limeña: cuando cubrir el rostro era sinónimo de libertad», *El Confidencial*, 21 de febrero de 2023. Disponible en línea en <https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2023-02-21/tapada-limena-sinonimo-libertad-historia_3576343/>.

² Miguel de Cervantes: *Novelas ejemplares*, II, p. 243, Madrid: Alianza, 1987.

El término *tapada* ya se usaba en España en el siglo XVI para designar a estas mujeres que caminaban por las calles de Lima vestidas con una falda que llegaba por encima de los tobillos y que acentuaba sus contornos anatómicos. Sin embargo, no todos están de acuerdo en afirmar el origen español o musulmán de la tapada, esta, según lo que nos refiere también Ricardo Palma, en su tradición *La conspiración de la saya y manto*,³ llamándola «la enfundada», nace en el año 1560 en Barrios Altos, donde los curas del Convento de los Descalzos preparaban para los pobres el puchero, y las chicas de sociedad, para no ser reconocidas, se cubrían el rostro con su mantilla dejando al descubierto solo un ojo de la cara. De todas maneras, hay que decir que aun cuando el modelo original del traje fuera español, este muy pronto comenzó a ser adaptado a los afanes de una población femenina con ansias de escapar de un marido celoso o de los excesivos cuidados de un padre severo o de la comunidad entera. Se creó, pues, un traje singular y mestizo que de Lima se extendió al reino de Chile, aunque según Ricardo Palma, la tapada no salió de Lima, y cuyo uso del velo estaba bien lejos de lo que significaba en las mujeres de tradición judeocristiana: pudor y sujeción.

Hay que decir que las primeras mujeres españolas en el Perú empiezan desde muy temprano a establecer antecedentes de independencia y heterodoxia femenina, que su sucedánea, la criolla, con el transcurrir del tiempo va refinando, interiorizando y decantando. Desde sus inicios, los cánones hispánicos de conducta femenina importados de la Península se ven minados por la nueva realidad a la que se trasplantan. La inmensa distancia entre la colonia y las autoridades metropolitanas le suponía a la mujer cierta libertad de interpretación de las leyes; la movilidad social, espacial y económica que ofrece el nuevo mundo a las primeras españolas, acostumbradas a una vida constreñida por el espacio que marcaban las fronteras de sus pueblos, genera espíritus femeninos ambiciosos y osados, menos comunes en la metrópolis.

Sin embargo, no hay que olvidar que la colonia se funda sobre la base de dos instituciones españolas poderosas y ubicuas, la Iglesia católica y el aparato burocrático, que representan fuerzas difíciles de ser burladas. El aparato burocrático colonial emitió cientos de reglamentos, leyes, ordenanzas, cuyo propósito era el de definir el rol de las mujeres de la colonia dentro de las líneas tradicionales hispánicas. Empero, las leyes se acatan, mas no se cumplen. Las mujeres guardaban las formas y, al mismo tiempo, ideaban canales de clandestinidad efectivos que les permitieran vivir de modo más acorde con la realidad inédita que encontraban en sus nuevas tierras. Es, pues, como parte de este doble proceso de control y libertad, de continuidad y ruptura con los antiguos usos y costumbres españoles que surge la célebre tapada.

³ Ricardo Palma: *La conspiración de la saya y manto*, en Ventura García Calderón, *La limeña*, pp. 75-80, Lima: Consejo Provincial de Lima, 1959.

El vestido de la tapada —rebelde, coqueta, esquivia y misteriosa— fue alabado por unos y condenado por otros, pero nunca pasó desapercibido para los observadores y estudiosos de la vida colonial limeña. Así describe la saya y el manto Carlos Prince:

La saya era una especie de vestido hecho de seda muy fina, negra, castaña, azul o verde, que las cubría de los pies a la cintura, con una hebilla o cintas en esta parte para poderse la ajustar, de modo que se demostraban todas sus formas más exactamente aun que si fuesen de escultura. El manto era como una toca de seda negra que se ataba a la cintura, subiendo por la espalda hasta encima de la cabeza, cubriendo el rostro enteramente, de modo que no permitía vérselo sino un ojo.⁴

Concolorcorvo en *El Lazarillo de ciegos caminantes* (1775), insinuando cierta malicia de la mujer limeña, escribe:

Las señoras limeñas [...] siguen opuesto orden a las europeas, mejicanas y porteñas, quiero decir que así como éstas fundan su lucimiento mayor desde el cuello hasta el pecho, y adorno de sus brazos y pulseras, las limeñas ocultan este esplendor con un velo nada transparente en tiempo de calores, y en el de fríos se tapan hasta la cintura con un doble embozo, que en la realidad es muy extravagante. Toda su bizarría la fundan en los bajos, desde la liga a la planta del pie. Nada se sabe con certeza del origen de este traje, pero yo creo que quisieron imitar las pinturas que se hacen de los ángeles.⁵

En el mismo siglo XVIII, en el panfleto *Lima por dentro y fuera* (1797) del poeta andaluz Esteban de Terralla y Landa, la limeña ocupa un lugar muy destacado. Terralla denuncia el materialismo que afecta a las relaciones humanas y la frivolidad de las mujeres en la capital del Virreinato, caracterizada por sus grandezas y miserias, como bien señala Eva Valero, quien refiere una cita del historiador Raúl Porrás Barrenechea, para quien la imagen de la tapada es la metonimia de la Lima dieciochesca:

La hegemonía no la ejercen los emperifollados doctores ni los monstruos de erudición que entonces albergaba la Universidad, sino que la atención, el orgullo y el mimo de la ciudad estuvieron concentrados alrededor del más grácil de los personajes: la limeña. *Ella resume lo más típico del Setecientos limeño, en el alma, en las costumbres y hasta en el traje. Nadie como ella encarna el ingenio, la agilidad incesante, la malicia y la agudeza de la inteligencia criolla.* [...] Coqueta, supersticiosa, derrochadora, amante del lujo, del perfume y de las flores, ella domina en el hogar, atrae en los portales y en los estrados de los salones, edifica por su piedad en la iglesia, y en los conflictos del amor, de la honra y de la política es el más cuerdo consejero [...].⁶

⁴ Carlos Prince: *La limeña con saya y manto*, en Ventura García Calderón: *La limeña...*, o. cit., p. 81.

⁵ Concolorcorvo: *El Lazarillo de ciegos caminantes*, vol. II, p. 175, Lima: Peisa, 1974.

⁶ En Eva Valero Juan: «La construcción literaria de la “tapada” como icono de la Lima virreinal», *Centro Virtual Cervantes*. Disponible en línea en <https://cvc.cervantes.es/literatura/mujer_independencias/valero02.htm>.

Otra insigne figura, esta vez femenina, que, más tarde, ofrecerá una descripción detallada y crítica de la tapada es Flora Tristán, en su *Peregrinaciones de una paria* (1838). La viajera franco-peruana quedó admirada de la libertad de la que gozaba la limeña en las calles de su ciudad, y del ingenio que mostraba con su versátil traje, al que califica como único en el mundo y que describe con entusiasmo:

Solo en Lima se puede confeccionar un vestido de esa especie y las limeñas pretenden que hay que haber *nacido en Lima* para poder hacer una saya [...] ¡Oh!, ¡desafío a la más linda inglesa [...] a luchar contra una limeña bonita, con saya! Desafío igualmente a la más seductora francesa [...] a luchar contra una limeña bonita con saya! [...] Sin ningún temor de ser desmentida, puedo afirmar que las limeñas con ese traje serían proclamadas las reinas de la tierra.⁷

Las limeñas se aferraron al manto con inteligente obstinación. Todos los intentos de prohibir el uso de esa controvertida prenda resultaron fallidos, ninguna amenaza ni ordenanza promulgada a lo largo de tres siglos logró desplazar el reinado de las tapadas en las calles de la Lima colonial. Hasta España llegaban noticias de los usos heterodoxos de las proverbiales tapadas, quienes al decir del viajero español Felipe Bauza: «bajo de oscura nube del manto conciliaban, sin pérdida de su buena fama, los placeres de la libertad con la opinión de un aparente recato».⁸ En 1561, don Diego López de Zúñiga y Velasco, cuarto virrey del Perú, dictó la primera ordenanza prohibiendo a las mujeres el uso del manto, después, otros virreyes expidieron también ordenanzas con igual objeto. Hasta la Iglesia quiso intervenir en cuestión tan delicada, pues en uno de los concilios limeños se trató de prohibir que las limeñas fuesen al templo o a procesiones con saya y manto, bajo pena de excomunión mayor, pero fue tal el alboroto que entonces armó el bello sexo que el arzobispo consiguió solo que las señoras se presentasen sin manto en la procesión del Viernes Santo.

Cabe destacar el libro del relator del Consejo Real de las Indias, Antonio León Pinelo, *Velos en los rostros de las mujeres* (1641),⁹ cuya tesis es que el taparse de medio ojo era un uso lascivo, no necesario, «ocasión de la desenvoltura» más peligrosa y ofensiva. Sin embargo, las nuevas disposiciones contra las tapadas, las pragmáticas reales, los mandatos sinodales de nada valieron contra la voluntad de la mujer limeña, que hizo del hecho de estar oculta su instrumento de libertad, cambiando el significado de esa práctica. Ya en 1586, o sea dos siglos antes del galanteo, las tapadas

⁷ Flora Tristán: *Peregrinaciones de una paria*, 2ª ed., p. 274, Lima: Studium, 1986.

⁸ Felipe Bauza: «Carácter, genio y costumbres de los limeños», en Estuardo Núñez (ed.): *El Perú visto por viajeros*, t. I, p. 38, Lima: Biblioteca Peruana, 1973. Bauza llegó al Callao en 1790, con la expedición de Malaspina.

⁹ Antonio León Pinelo [1641]: *Velos en los rostros de las mujeres: sus consecuencias y daños*, vol. 2, Santiago de Chile: Centro de Investigación Historia Americana, 1966.

fueron las iniciadoras del juego erótico. Decían los procuradores que el uso del manto «da ocasión a que los hombres se atrevan a la hija o mujer del más principal como a la del más vil y bajo».¹⁰ Y ordenaban, acto seguido, penalizar su incumplimiento con la imposición de una multa de tres mil maravedís. En 1624, el virrey de Guadalcázar dictó una pragmática muy severa exigiendo que «todas han de traer los rostros descubiertos para que puedan ser vistas y conocidas y cada cual ser estimada y tenida por quien es».¹¹ Al delito se le impondría una pena de acuerdo a la condición social de la usuaria, y la condena se extendía también a los hombres «de cualquier estado, calidad y condición que sea que hablen o platicuen con las dichas mujeres».¹² A pesar de la dureza de los preceptos, la tapada continuó batallando por las calles, saliendo al parecer siempre victoriosa, y socavando, así, la autoridad de sus poderosos adversarios.

La saya y el manto explican el poder que la mujer limeña ha ejercido en los destinos políticos y sociales de su país, pero su idea de política, es cierto, estaba alejada de disquisiciones ideológicas y tenía que ver con la lucha a favor de sus intereses, aunque hay que decir que su participación en la Independencia fue decisiva. Meses antes de que el general San Martín llegara a Lima, Rosa Campuzano, por ejemplo, de la ciudad de Guayaquil —y de quien luego se enamoró San Martín— recorría las calles de la capital repartiendo propaganda en contra de los españoles. Este traje sobrevivió hasta comienzos del siglo XIX, y cuando pasó de moda, la limeña perdió su «libertad», contribuyendo a la formalidad social. Es por eso por lo que, lejos de sucumbir a los vientos franceses modernizantes del siglo XVIII, mostró indiferencia ante modas que no le proporcionaban más ventajas personales que las ofrecidas por su propio traje. Al decir del francés Max Radiguet, «las mujeres resistieron con éxito a esa influencia extranjera y se las ve ostentar con atrevida coquetería, en medio de todos esos peruanos vestidos a la europea, las irresistibles seducciones de su traje nacional».¹³ Y comenta con cierto desconcierto que este «en su origen estuvo destinado a servir ideas de castidad y celos, pero ha llegado a proteger costumbres totalmente opuestas (que) hacen de la ciudad un vasto salón de intrigas o de ingeniosas maniobras que burlan las vigilancias de los más fieros Otelos».¹⁴

No hay que olvidar que el manto implicaba, además, un serio problema para el viajero europeo, que no estaba acostumbrado al mestizaje de razas. Alerta siempre Radiguet a sus compatriotas: «No dudéis: la manta traidora esconde a una africana,

¹⁰ Cit. en Francesca Denegri: *El abanico y la cigarrera*, p. 61, Lima: Flora Tristán-IEP, 1996.

¹¹ Francesca Denegri: *El abanico...*, p. 61.

¹² Francesca Denegri: *El abanico...*, p. 61.

¹³ Max Radiguet: *Lima y la sociedad peruana*, p. 33, Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1971.

¹⁴ Max Radiguet: *Lima...*, o. cit., p. 34.

negra como la noche, achatada como la muerte»,¹⁵ para finalmente concluir con una queja: «saya y manto han consagrado en Lima la libertad de las mujeres; no tiene para ellas sino ventajas, y para los hombres, desagradados». ¹⁶ El atuendo conciliaba dos exigencias personales en permanente conflicto: la del amor y la del honor. Daba amplia oportunidad a la usuaria para insinuar los encantos de su figura, además de mostrar sus tobillos desnudos, y simultáneamente ocultaba su identidad, de tal manera que protegía su honor aún en momentos considerados como pecaminosos y permitía neutralizar el racismo de los europeos, brindándoles a las mestizas, negras y mulatas las mismas oportunidades que a las blancas criollas.

Pero la derrota de la tapada estaba a la vuelta de la esquina. Si los vientos modernizantes de la moda francesa no fueron suficientes para convencer a la limeña de que abandonara su peculiar vestido, sí lo fue la entrada del Perú en el engranaje económico internacional, y con él al umbral de la modernidad. La ubicua presencia europea, sobre todo francesa e inglesa, con sus imponentes ferrocarriles que atravesaban los Andes, su tecnología, sus modernas formas de industria y comercio, hasta su ópera, sus novelas, no tardaron en transformar el perfil de la ciudad colonial y en doblegar la obstinada independencia de criterio de la tapada. La limeña tuvo que ceñirse a los códigos de conducta aceptados por el mundo occidental moderno «yendo descubiertas a que la luz discerniera las unas de las otras y de tal manera ser de todos diferentemente tratadas», tal como habían recomendado casi tres siglos antes, y sin éxito, los frustrados procuradores de las Cortes españolas.

Ciertamente que la crinolina y la gorra europeas no ofrecían las ventajas del anonimato y la consiguiente libertad de movimiento del que la otrora elusiva tapada había gozado. Sin embargo, el manto era un arma de doble filo por dos razones. Primero, porque ejerciendo aquel eternamente femenino arte del disimulo, a través del cual se pretende ser la que maneja las cosas entre bastidores, se deja intacto un sistema de poder que otorga al hombre la facultad de decidir lo que es bueno y lo que es malo. Segundo, porque si de un lado ofrecía a las mujeres una respuesta inmediata a sus ansias de libertad personal, del otro lado, les brindaba poco en cuanto a abrirse un espacio como sujeto discursivo en una sociedad que se empeñaba en mantenerlas ancladas en el ámbito privado de los afectos. La estrategia permitía a la limeña evadir un sistema de control masculino sofocante pero a costa de su libertad a largo plazo, como mujer y como sujeto decisorio y discursivo. Ya en el siglo XIX, Flora Tristán avisa sobre la superioridad de la inteligencia, no del cuerpo, y la autoafirmación de sí misma:

Si la belleza impresiona los sentidos, son las inspiraciones del alma, la fuerza moral y los talentos del espíritu los que prolongan la duración de su reino. [...] *La mujer tiene sobre*

¹⁵ Max Radiguet: *Lima...*, o. cit., p. 34.

¹⁶ Max Radiguet: *Lima...*, o. cit., p. 35.

el hombre una superioridad incontestable; pero es preciso que cultive su inteligencia y sobre todo que se haga dueña de sí misma para conservar esta superioridad [...] Cuando desconoce su misión, cuando en vez de ser el guía, el genio inspirador del hombre y sin perfeccionar su moral, no trata sino de seducirlo y reinar sobre sus sentidos, su imperio se desvanece junto con los deseos que ha hecho nacer. De este modo, cuando estas limeñas encantadoras [...], después de haber electrizado la imaginación de los jóvenes extranjeros, se muestran tales como son, con el corazón hastiado, el espíritu sin cultura, el alma sin nobleza y gustando sólo el dinero... destruyen al instante el brillante prestigio de fascinación que sus encantos habían producido (la cursiva es mía).¹⁷

Lo que sabemos de la tapada es lo que los poetas nos dicen en sus coplas, los viajeros en sus diarios, los funcionarios en sus leyes. Y fue gracias a estos discursos saturados por la misoginia católica de la Contrarreforma por lo que la tapada, asociada a los horrores y las delicias de la carne, se convirtió muy pronto en símbolo de la mujer colonial peruana. La tapada como objeto y nunca como sujeto sigue siendo representada, incluso en la historiografía moderna, dentro de parámetros que la reducen a la ambigüedad del objeto erótico. Se crea una imagen de mujer atrevida y callada a la vez, signo de la unidimensionalidad del Perú *hispano e hidalgo*, y que prevalece también en la iconografía pictórica. Me pregunto por qué en las pinturas de tapada limeña con entorno colonial la saya llega hasta los pies y es bien ancha, como si sobre todo se quisiera mantener viva la idea de la mujer esquiva y honrada, a pesar de su «travesura».

Hay que pensar por tanto que el legado heredado por las criollas en los umbrales de la modernidad era problemático por su unidimensionalidad, producto de la ausencia femenina en el arte de representar. Sería solamente tras la aparición de la primera generación de mujeres escritoras en el país que las mujeres de la élite criolla y andina comenzarían a manejar ese signo privilegiado que es la palabra. Al salir a las calles con los rostros descubiertos y al tomar la palabra, las mujeres dejaron atrás los encantos arcaicos del periodo colonial. En 1860, un nostálgico reportero de *El Comercio*, al informar sobre la procesión de Santa Rosa, escribe: «las tapadas apenas se veían»¹⁸ y Ricardo Palma, en su temprana tradición *Predestinación*, deja escapar este lamento:

Estaban ocupados los bancos por esas huríes veladas que la imitación de costumbres europeas ha desterrado —hablamos de las tapadas—. ¡Dolorosa observación! La saya y el manto han desaparecido, llevándose consigo la sal epigramática, la espiritual travesura de la limeña. ¿Estará condenado nuestro pueblo a perder, de día en día, todo lo que lleva un sello de nacionalismo?¹⁹

¹⁷ Flora Tristán: *Peregrinaciones...*, o. cit., pp. 277-78.

¹⁸ Citado en Francesca Denegri: *El abanico...*, o. cit., p. 64.

¹⁹ Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas completas*, t. I, p. 57, Lima: Empresa Gráfica Editorial, 1957.

La veladas huríes de Palma eran, pues, modelos de feminidad impermeables al proceso de secularización que las mujeres estaban experimentando durante el siglo XIX. Hasta entonces, las mujeres habían pertenecido a la esfera de lo sagrado y lo oculto, mientras que en adelante invadirían el reino de lo público y lo visible.

Para concluir, podemos decir que si la tapada llevaba adelante una guerra personal, que a menudo ganaba gracias a su rebelde y «privada» coquetería, la mujer limeña moderna lleva adelante una guerra personal y social, a rostro descubierto, en la que ya se buscan otras armas que no sean solo el estratégico ocultamiento de la tapada. Eso, por supuesto, representa una gran victoria. Sin embargo, cabría preguntarse hasta qué punto en el imaginario colectivo peruano, masculino y femenino, ha desaparecido totalmente la fuerza impactante, convencidora de una coquetería ya no tapada pero siempre ejercida y reconocida como práctica de influencia y poder. Solo quisiera recordar que la expresidenta de Perú, Dina Boluarte, estuvo involucrada en un escándalo por hacerse una cirugía facial con dinero del Estado...

Este libro contiene 39 estudios dedicados a la literatura hispanoamericana virreinal, a las visiones que América produjo en otras literaturas y a las recuperaciones poéticas y narrativas del pasado americano en la literatura hispanoamericana contemporánea. Su diversidad temática permitirá encontrar, para los siglos xvi, xvii y xviii, trabajos sobre crónicas de Indias, poesía lírica y épica, tratados educativos o memorias que reconstruían expediciones y vivencias, junto a los que ofrecen un análisis del contexto cultural, político y material en el que se desarrolló la escritura y la vida. La percepción de ese pasado, dada a lo largo del siglo xx y lo que va del xxi, en la novela histórica y biográfica, la ficción alternativa, la minificción y la poesía no conducen a una armonía de las partes o a un diálogo entre el pasado y el presente, más bien muestran una discordia entre lo que se fue y lo que se quiere ser. Entre esos dos planos temporales, el lector encontrará unos capítulos que proponen perspectivas de estudio, algunas son propias de la época que nos rodea, otras siguen la senda que no ha dejado de transitar la Filología. Si este libro, fruto del trabajo de sus autores, sirve para aprender quizá consiga que a nadie *le pese lo que no pesa*.